

Un pensar sin marcas: El tropiezo de una memoria disgregada

Tuillang Yuing Alfaro

Yotuillang@hotmail.com

Smontaruli@lab.cricyt.edu.ar

Sec y Tunc. P. UNCuyo

Ponencia: Jornada de Intercambio argentino-chileno sobre pensamiento latinoamericano INCIHUSA - CRICYT. Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas.

Resumen:

Primeramente debemos tener en vista que esta intervención se enmarca dentro de un proyecto conjunto de rastreo de ciertas nociones en el pensamiento latinoamericano, y en nuestro caso chileno. Dado ese panorama, el texto pretende dar cuenta de una dificultad que surge para articular dicho trabajo ante la ausencia de un meta discurso sobre la historia del pensamiento en nuestro país.

La ausencia de registros transforma la noción de pensamiento chileno en un rumor a pesquisar en el que se confunden las fronteras de lo que puede definirse propiamente como un pensador dentro de nuestra historia.

El intento nos llevará a formular diferentes hipótesis acerca de esta suerte de silencio que se ha mantenido acerca del pensamiento local y del cual son en buena parte cómplices las instituciones autorizadas en el dominio del pensamiento, específicamente las instituciones de enseñanza de la filosofía.

En esta perspectiva surge la posibilidad de aventurarse, por un lado, a la recuperación de la memoria colectiva sobre nuestros pensadores en los diferentes momentos históricos de la constitución de nuestro país, entre los que mencionamos; el incentivo de la permanencia del saber escolástico por parte de España, el tardío surgimiento de la modernidad, la influencia del positivismo en el contexto de la organización de nuestro Estado-Nación y la institucionalización del saber filosófico.

Por otra parte, se abre la posibilidad de conjeturar acerca de la necesaria búsqueda de un pensamiento que integre las nociones pesquisadas en áreas no estrictamente formalizadas como la literatura, el ensayo y la poesía, lo que a su vez, nos enfrenta a un nuevo conflicto; integrar dichas reflexiones a una tradición académica que ha hecho oídos sordos en nombre de una tradición que le es, en parte, distante.

Palabras Claves:

Las siguientes líneas pretenden dar cuenta de una experiencia que tiene la forma de un desencuentro, más precisamente de un desencuentro con la memoria, con el registro y el testimonio. El hacer mismo de nuestra investigación se ha teñido por los colores de un rumor, de un olvido acordado que ha sido un tropiezo pero a la vez una inventiva. Nuestras pretensiones consisten, a largo plazo, en revisar como ciertas nociones y conceptos han sido abordado por el pensamiento de chileno y, a su vez, proyectar dicha revisión en un panorama más cercano, más actual y por tanto más efectivo.

Desde ya, esto último invita a sostener una mirada crítica y atenta a lo que se pone en juego. En efecto, echar una mirada a lo que los pensadores locales han pronunciado es siempre atractivo pues tiende a iluminar la constitución de nuestro presente, además de ser un ejercicio novedoso y no muy difundido en nuestra experiencia reflexiva.

Sin embargo, de inmediato surge una dificultad; salvo algunas valiosas aventuras asiladas, no existe un archivo o registro a la mano, una fuente directa y accesible para mirar lo que ha sido el pensamiento en Chile. Se debe por tanto doblegar esfuerzos para ir en busca de esas fuentes. Con todo, a medida que se avanza el silencio se hace más ensordecedor. Al parecer esa historia no se ha constituido en nuestro país, al menos de manera visible. Los intentos por hacer un recuento de lo que ha sido la historia del pensamiento en Chile se presentan como lejanos espectros de una bibliografía que apenas alcanza las dos páginas. Tampoco hay un consenso estricto en lo que la investigación reclama como pensador, en lo que se va a considerar como una veta a explotar y de la cual han de brotar las nociones que buscamos. Mucho menos hemos definido tajantemente los criterios y categorías con las cuales vamos a realizar dichos consensos. Todo es nuevo, todo es por hacer.

Por eso nuestra búsqueda es a tientas y atolondrada, guiada por la intuición e incluso por la arbitrariedad en un terreno que es para todos desconocido e inexplorado, y que en buena parte se ha mantenido deliberadamente restringido. Pese a estas dificultades, la pesquisa nos lleva a indagar en el terreno de las instituciones autorizadas en el terreno del pensamiento, es ahí por tanto donde toma lugar la filosofía, esta vez con un especial matiz de agencia, de organización y de historia.

No obstante, la tradición institucional de la filosofía en Chile tampoco posee una gran memoria, ni tampoco hace grandes esfuerzos en recuperar lo que bajo sus instalaciones se ha producido más allá de lo estrictamente académico. Desde la filosofía al menos, no se ha explicitado ni consensuado un meta-discurso de lo que pudiese ser el pensamiento en Chile.

La institución académica de la filosofía en nuestro país ha procedido bajo ese olvido, se ha mostrado como un pensar sin marcas ni cicatrices de lo que ha sido su historia o al menos al recuerdo de quienes han constituido sus filas.

Enfáticamente; desde la formación universitaria no es fácil abordar un recuento del pensamiento local. Ese pensamiento es lejano a las cátedras.

Es esta suerte de veto sobre lo que ha sido la filosofía en Chile, y por tanto también sobre sus problemáticas, lo que nos ha llevado a ampliar las fronteras de lo que es nuestro pensamiento hacia momentos diversos y hacia disciplinas variadas. Hemos borroneado dichas fronteras frente a la literatura, la historia, la poesía, el ensayo, las ciencias y otros. Sin embargo, ello ha sido al precio de un nuevo problema: el de rendirle cuentas a la tradición y al esquematismo institucional acerca de estos extraños que hemos invitado a pronunciarse en una lengua que suena extranjera. Así, nuestras propuestas toman, en ocasiones, la forma de episodios que instalan interrogantes y que no guardan objetivos resolutivos ni definitivos.

Pues bien, esta prematura e incluso apresurada crítica es ya síntoma de algo que no funciona, de un llamado que no responde o que, por lo menos, se nos ha asentado como un vacío en el trayecto que queremos llevar a cabo con nuestra investigación. Creemos por tanto, válido detenernos en algunos de sus puntos y reconstruir al menos hipotéticamente la historia de ese silencio del cual somos deudores, del cual queremos hacernos cargo hoy.

Nos parece entonces prudente acudir a un panorama general de lo que ha sido la historia del pensamiento en los países latinoamericanos. Acudimos en este caso a la

reseña hecha por Kempff Mercado a mediados de los cincuenta, como un punto de partida necesario.

En general se distinguen ciertas fases comunes en Latinoamérica para la aparición de todo trabajo vinculado a la filosofía. En primer lugar un período de hegemonía de la escolástica entre los siglos XVI y XVIII que tiene lugar principalmente en los asentamientos de los virreinos y que se enlaza a pretensiones de evangelización y de obstaculización tanto de las ideas de reformismo religioso como de ideas renacentistas y modernas que pudiesen derivar en climas independentistas. Por ello, el predominio de la escolástica en nuestros países se extiende en las instituciones al menos por un siglo más que en Europa. Lo anterior supone que las ideas propias de la modernidad que potenciaban la autonomía de la razón y que tomaban sus referentes de los modelos científicos de Newton, Copérnico y Descartes llegan a Latinoamérica con un siglo de retraso y por vías nunca institucionales.

Posteriormente aparecen en nuestro continente las ideas del positivismo y sus diversas lecturas y reacciones, favorecidas, principalmente, bajo la orientación del progreso requerido para constituir los estados-naciones en organización reciente.

El texto de Mercado integra, con detención, la filosofía chilena en dicho panorama, principalmente en relación a la Academia de Bellas Letras de 1873, previo a lo que será la institucionalización rígida de la filosofía, pero de alguna manera como su causa. Los episodios anteriores sólo hacen referencia a la influencia de la filosofía moderna en algunos profesores del Liceo de Chile y del Instituto Nacional, pero nunca antes de 1830.

Podemos, entonces echar un vistazo a lo que es la influencia de las ideas tanto de la ilustración como del positivismo en el Chile del siglo XIX. Tales influencias tenían relación por un lado con la fundación de una legalidad independiente en el país, así como también con una suerte autonomía cultural en referencia a España. De esta forma, la filosofía, está de la mano de la política y de la definición de la culturalidad para la construcción de los nuevos estados. A su vez, ello iba unido con la necesidad de establecer un paradigma educativo y una formación que posibilitara un cierto tipo de sujeto social, un cierto modelo de ciudadano del país. Bello, Lastarria, Letelier son referentes en dichos momentos en que el pensamiento hace funcionar ideas - que están en plena vigencia en Europa - para la construcción de una cultura nacional.

El positivismo es, en ese sentido, un pensamiento ineludible ya que bajo sus metas progresistas unifica el desarrollo de las ciencias, la esperanza en la educación - con la correspondiente profesionalización de la pedagogía - y la configuración de la política.

Bajo éste panorama surge la uni-versidad, con ese carácter unificador del saber en el que la filosofía - digámoslo - posee un carácter utilitario. Es una disciplina de socorro a la razón en su búsqueda de unidad. En efecto, su figura académica es de apoyo a la pedagogía en su labor de formar al ciudadano. Por lo demás, su desarrollo es llevado a cabo, en buena medida, por gente del área del derecho, por juristas que conocían filosofía como parte de su formación y que la aplicaban a sus quehaceres específicos.

Es preciso, hacer un alcance sobre esa pretensión de universalidad de la razón que transita por estas ideas ya que, de alguna manera, en la orientación progresista que atribuyen a la razón se muestra también un cierto germen de no localidad, de no particularidad. El progreso es lineal y es la razón quien nos lleva a él. Este paradigma con toques racionalistas y científicas marca una huella importante en la configuración y los patrones de funcionamiento de la universidad y, con ello, de la filosofía.

La filosofía funciona bajo el alero de la pedagogía universitaria hasta el año 1935 cuando Pedro León Loyola crea el "Curso Especial para la formación de

profesores de Filosofía”. Es en dicho momento cuando la disciplina comienza un proceso de relativa autonomía, iniciándose un proceso reflexivo de búsqueda de lineamientos que dieran un carácter de profesionalismo y distinción al quehacer filosófico. Luego de la segunda guerra mundial, muchos países de Latinoamérica reciben la llegada de numerosos profesores extranjeros que dan nuevos aportes y perspectivas al desarrollo de la filosofía. A su vez, a partir de la década del cincuenta, comienza a hacerse común la inquietud de los profesores chilenos por realizar estudios de perfeccionamiento en el extranjero. Todos estos factores, fueron elaborando ciertas metodologías y soportes epistemológicos que orientaron el ejercicio filosófico hacia un supuesto rigor científico que se eximía de todo complemento histórico, pero que paradójicamente hacía de la Historia de la Filosofía su eje central. Historia secuencial con fines didácticos; “prácticamente como una decisión de carácter docente, con el objeto de evitarle al “aprendiz de filósofo” (alumno) la imagen traumatizante de una disputa violenta entre los diversos sistemas que desean ganar para sí el mercado de la opinión pública.” (Sánchez, 1992:121) . Por el contrario, *la* Historia de la Filosofía los presenta “como manifestaciones complementarias de lo Uno y lo mismo”, de un pensar que se extiende uniforme y tras las mismas metas desde Tales hasta Zubiri: “En la diversidad se trataría de uno y el mismo filósofo que viene durando ya 25 siglos”, en palabras de Francisco Soler, profesor español, especialista en fenomenología, llegado a Chile a mediados de la década de los 40, según nos recuerda Cecilia Sánchez.

Se apela entonces a una dimensión puramente interna del pensamiento desplazada de todo acontecer. De esta forma, el olvido del pensamiento local obedece, en parte, a la metodología filosófica que no ajustó cuentas con las pretensiones positivistas y que organizó a la filosofía desde una supuesta serialidad histórica, desde una supuesta unidad donde los filósofos no son resultado de su tiempo sino que éste es producto de su pensar. Esta serialidad se expresa a modo de un gran manual donde los acentos y el protagonismo permite a ciertos temas y a ciertos nombres tomar la palabra, manual donde lo local es definitivamente ajeno.

De esta forma la filosofía se asienta institucionalmente bajo una ley indiscutible que se administra bajo el nombre de la tradición, que es señalada por Joaquín Barceló como un “traspaso, en una recepción y una entrega de ciertos contenidos” (Sánchez, 1992:147) vale decir, un aprendizaje en el acto de volver continuamente hacia discusiones e investigaciones ejemplares. Desde luego, dicha tradición representa la más absoluta alteridad y lejanía, frente a la que no hay más salida que tomar la *debida* distancia. En palabras de Cecilia Sánchez, la virtud de las declaraciones de Barceló radica en haber hecho expresa la secreta posición de nuestra comunidad filosófica.

En este sentido, el proceder institucional renuncia a la tradición, filosófica puesto que su tradición es propia de las sociedades greco-europeas, no renuncia, sin embargo, a su enseñanza, y para ello centra su trabajo en la Historia de la Filosofía fundada en edades del pensamiento europeo.

Podemos hacer una breve referencia a cierta tendencia de legitimación de la filosofía bajo criterios científicos, frente al impulso positivista que le había asignado a la disciplina un carácter utilitario. Tras el surgimiento de otras ramas de las humanidades con características más pragmáticas y más cercanas tanto a los cánones de rigurosidad científica como a los intereses estatales, muchos de los filósofos nacionales intentaron establecer un ámbito de competencia intelectual que fuera indisputable para la filosofía. Para ello apelaron a las calificaciones de superioridad e inutilidad del saber filosófico desarrolladas por el clasicismo. Así también se da privilegio indiscutible a la metafísica como saber estrictamente filosófico, también en parte a que dicha área fue

sólo discretamente cultivada por los intereses del positivismo. Es así como, por ejemplo, Enrique Molina, Presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía fundada en 1948, niega la categoría de filósofos a Bello, Lastarria, Bilbao, Letelier y otros contemporáneos por vivir “absorbidos por los problemas sociales y políticos” y por atender principalmente centrado su interés en el progreso y la colectividad. Molina reserva a dichos personajes el apelativo de reformadores sociales, precursores de sociólogos o publicistas.(Molina, 1953:9-10) En efecto, para dicho autor: “La psicología, la lógica y la estética que se suelen hacer figurar como partes de la filosofía son, si se quiere, satélites de un sistema cuyo astro central es la metafísica...” (Molina, 1953:22-23)

Por el contrario, para Molina, la filosofía “propriadamente dicha” consiste en “las disciplinas que dicen relación con la indagación del ser y con la actitud del hombre ante él”. (Molina, 1953:22)

Podemos finalmente señalar, que ésta ausencia de memoria que se nos ha presentado como una dificultad a la hora de llevar a cabo nuestra investigación está atada a una historia, a unas prácticas y a una lectura. Una cierta posición acerca de lo que es y cómo se debe enseñar la filosofía nos ha vuelto extraños a nosotros mismos, incapaces de reconocernos. El habla local ha sido frenado por categorías institucionales que han propiciado su silencio.

De ninguna forma pretendemos que ello sea una justificación o una causa para eximirnos de nuestra labor, por el contrario, se constituye en una traba que motiva más nuestra pesquisa, como un aroma cercano de aquello que estamos buscando.

Bibliografía:

- Kempff Mercado, Manfredo: (1958) Historia de la filosofía en Latinoamérica. Editora Zig-Zag, Santiago de Chile.
- Molina, Enrique: (1953) La filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX. Editorial Nascimento. Santiago.
- Sánchez, Cecilia: (1992) Una disciplina de la distancia. Institucionalización de los estudios filosóficos en Chile. LOM Ediciones. Ltda. Santiago.
- Sánchez Cecilia: (2005) Escenas del cuerpo escindido. Ensayos cruzados de filosofía, literatura y arte. ARCIS- Cuarto Propio. Santiago.